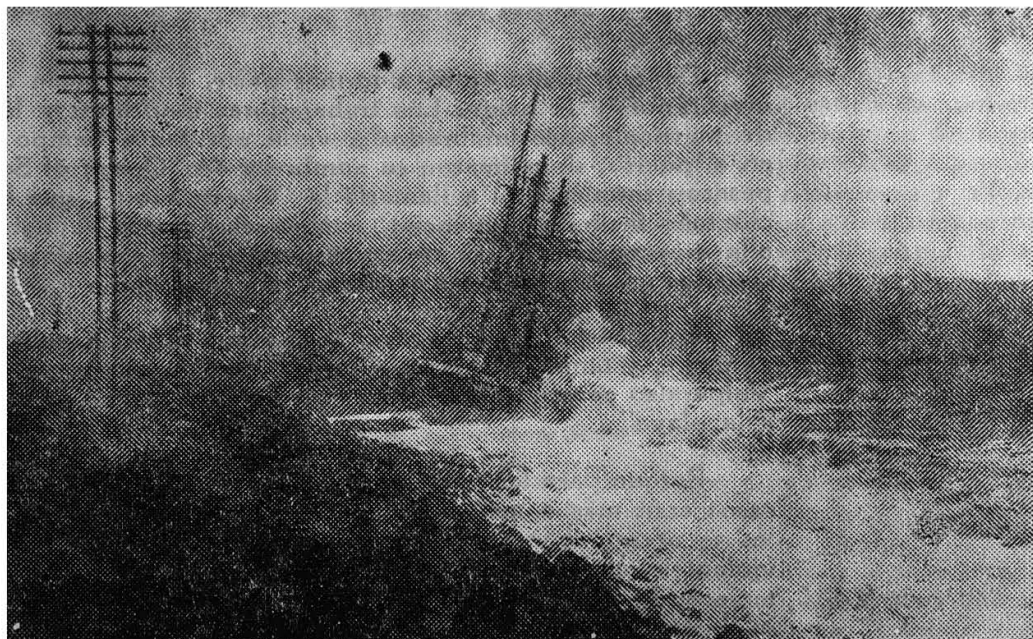




...muchas naves cortaban sus
amarras y se despedazaban en
la costa.

La "Queen Scott"

Por

Ricardo VALENZUELA

Durante muchos años la vieja fragata "Queen of Scotland", estuvo fondeada en la bahía, más allá del muelle del Barón, a la espera de un desguace que no se producía nunca.

Llegó una vez a Valparaíso medio desmantelada, vía Cabo de Hornos... Era muy vieja para haber realizado la aventura y naturalmente los armadores renunciaron al retorno. Fue así como se la descargó, licenciaron a la tripulación, hubo remate y el buque, en manos de un cuidador, quedó a la gira frente al Cerro Barón.

En los primeros meses, la gente del puerto hablaba de que la ex-fragata iba a ser convertida en almacén. Pero resultó que el nuevo propietario no tenía qué almacenar y, por otra parte, que nadie se interesó por arrendarla para tal fin. Lo cierto fue que la "Queen of Scotland", despojada de sus gallardos masteleros, quedó ahí girando a los vientos como una veleta y nada más sucedió en adelante.

De este modo entró a formar parte, como quien dice, del inventario de la bahía. Los trabajadores marítimos y los cabos de matrícula, acostumbrados a verla por tanto tiempo inmóvil en el puerto, simplificaron su nombre y de "Queen of Scotland" pasaron simplemente a llamarla la "Queen Scott", que les pareció más fácil de pronunciar, aunque casi nunca se hablaba de ella a excepción de los meses de junio y julio cuando se producían los grandes temporales de norte y norweste.

Entonces, la vieja fragata cabeceaba y se balanceaba profundamente, y tanto la población de los cerros como la del resto de Valparaíso comenzaba a decir: "La "Queen Scott" se va a venir a la playa".

Porque para los porteños de aquellos años (1929) tales sucesos eran más o menos corrientes. Los malos tiempos invernales se presentaban seguidos en medio de turbonadas de lluvia, violentos vendavales y explosiones del oleaje en los enrocados y malecones. En tales casos muchas naves cortaban sus amarras y se despedazaban en la costa, dejando una triste huella de restos náufragos. Durante varios días estos despojos flotaban en las aguas de la bahía y al ser arrojados a la playa servían de abastecimiento a mucha gente pobre, la cual aguardaba pacientemente esta generosidad del oleaje que la proveía de muchas cosas.

Pero la "Queen Scott" no cortaba las cadenas de sus anclas, ni garreaba, ni se hundía. Parecía firmemente aferrada al fondo del océano donde la mar gruesa o arbolada, según la intensidad del viento, hacía estragos.

Así, cuando retornaba el buen tiempo se la encontraba en su fondeadero habitual, sin haberse movido un ápice de su área, proa a la brisa, luciendo su casco enmohecido que acariciaba la mar azul y plácida bajo un sol radiante.

¡Ah, la "Queen Scott"!

Muchos aseguraban que su casco era insumergible; que sus cadenas no las cortaría ni el demonio. Y que si alguien realmente se interesara en ella, podría reaparejarse y continuar sus aventuras indefinidamente por los mares del ancho mundo.

Con los días de calma la bahía volvía a su vida normal y se reanudaba el ajeteo de los remolcadores arrastrando largos convoyes de lanchas; se renovaba con más vigor el martilleo de los picasales del dique y los resplandores de las soldaduras a oxígeno volvían a iluminar como relámpagos la noche serena. El tremolar de las banderas durante el día parecía más alegre, así como el rondar de las gaviotas alrededor de las boyas y naves en busca de reposo y desperdicios.

Y todo era otra vez rutina. Al atardecer se encendía un fanal de parafina en el estay de la "Queen Scott". Luego la noche envolvía todo aquello, mientras la ciudad parecía revivir con sus luces que semejabán una fiesta de luciérnagas sobre el fondo negro de los cerros.

Siempre tuve el deseo de visitar la "Queen Scott" en un día cualquiera. Imaginaba su amplia cámara revestida de madera; la lámpara de bronce que habría sobre su sólida mesa de nogal cubierta con una carpeta verde; los sofás confortables tapizados en terciopelo o cuero; los pasillos estrechos, silenciosos y alfombrados, con sus brillantes pasamanos adosados a los mamparos; y en cada camarote las claraboyas que parecían portas de un buque de guerra antiguo.

Al fin era cuestión de saltar sobre un bote y decir al fletero de rostro curtido y tocado con viejo sombrero de paño desteñido por la intemperie:

"Lléveme a la "Queen Scott".

Y lo demás, dejarse conducir durante una media hora, lentamente, escuchando el acompasado chapotear de los remos sin hablar palabra. Sobre todo sin hablar palabra. Porque los fleteros de entonces, como los peluqueros de antaño y ogaño, contaban muchas y repetidas historias. Y casi no había uno que no hubiese ido en la "Baquedano" o en la antigua "Lautaro" al Japón. Y la mayoría de las historias terminaban más o menos de la misma manera:

"...y entonces, señor, resultó que la geisha era chilena".

O bien:

"...y adonde, pues, señor mío, iba a reconocer a mi compadre Contreras cuando lo encontré en Yokohama perorando en japonés y vestido de kimono".

Así, era mejor abstraerse contemplando el vuelo de alguna gaviota y dejar que el hombre hablara y bogara mirándose la punta de los zapatos bayos, que no sé por qué razón usaban y usan casi todos los fleteros.

"...sí, señor, yo después que me licencié de la Armada fui vaporino, y una vez, en el "Taltal"..."

¡Hum!

El botecito prolijamente baldeado, con sus bancadas cubiertas de blanca lona con blondas tejidas y una alfombrita a popa, continuaba su marcha inalterable como si estuviera al margen del tiempo... y de las horas que el fletero dejaba correr sin preocupación en su grueso reloj de níquel.

Nunca pude cumplir mi anhelo de subir a bordo de la "Queen Scott".

El cuidador era un inglés anciano y algo inválido que se asomaba al portalón, apoyándose en un bastón, para responder inalterablemente a cuantos querían visitar el buque:

"No se puede subir a bordo".

La escalera real permanecía izada y no había forma de hacerle entender nada más.

"Imposible, sir".

Y si se insistía con otros argumentos:

"Yo no hablo español, sir. No comprendo".

Y todo esto mientras dos grandes perros ovejeros ya adultos, ladraban furiosamente sobre la borda y mostraban sus dientes amenazantes.

"Si este gringo es un porfiado, señor —afirmaba el fletero.— Cuando quiere hablar castellano habla y cuando no, no. Yo lo he visto en el muelle decir unos garabatos... Y sin embargo cuando va Melquíades a dejarle los víveres le habla bien claramente:

"¡Hola, Melquíades, buenos días! ¿Qué me trajiste hoy?"

Y Melquíades le contaba lo que traía y hasta le daba noticias.

Y añadía el fletero:

"Pero cuando va otro le cuesta un mundo que el viejo le entienda. Y con todo puede decirle Melquíades a Melquíades, bien clarito. ¿No le parece raro, señor?"

"Puede ser, puede ser... Pero volvamos al muelle un poco más rápido por favor".



El viejo capitán Christiansen del Bote Salvavidas me dijo una vez:

"Ese de la "Queen Scott" es un antiguo contraamaestre del buque y quiso quedarse en él en Valparaíso. Cojea un poco porque tiene algo de reuma. Un testarudo. Cuando salgo en ronda preventiva en vísperas de mal tiempo trato de recogerlo el primero. Su fondeadero es peligroso y el buque puede irse a la playa o a los roqueríos de Barón en cualquier momento. Es cuestión de lo que aguante la cadena. Cuando me acerco con el Bote no quiere desembarcarse. Le gritamos un buen rato. No aparece. Por fin se asoma a la borda y tengo que pedir a alguno de los muchachos que haga de intérprete. Mi inglés-danés no lo entiende, y entonces comienza un odioso diálogo:

"¡Hay que desembarcar!"

"¿Eh?"

"Ir a tierra. Orden de la Gobernación Marítima".

"¿Cómo? ¿Qué hay?"

"Viene mal tiempo fuerte. Prepárese para desembarcar inmediatamente. Orden superior".

"What?"

Y ladran los perros y corren por la cubierta y reaparecen por distintos puntos mostrando sus agresivos colmillos. La mar está aun tolerable. Pero el viejo buque en cada balance muestra sus fondos sucios y aparentemente carcomidos por la broma en su largo deambular por los océanos.

"¡Eh, arríe la escala de cuerdas!"

No la arría. Al último se retira y desaparece renqueando. Y el Bote Salvavidas se dirige a otros buques y regresa al muelle, repleto de "guachimanes" (*) y perros más tratables.

"Pero, cuando la cosa empeora, el viejo de la "Queen Scott" iza banderas de auxilio y se larga a disparar bengalas como un desesperado.

"Todo Valparaíso observa consternado el episodio.

"Va a ocurrir una catástrofe como en los tiempos de la "Foyledale" (**).

"Entonces hay que zarpar nuevamente desde el muelle y dirigirse con el Bote Salvavidas a toda máquina al costado de la "Queen Scott" y, por supuesto, se consigue bajar al viejo reumático con grandes dificultades. Tres o cuatro muchachos tienen que subir a bordo y arriarlo en un chingillo en medio del alboroto del oleaje, los ladridos de los perros y las voces que él mismo les dirige para aplacarlos.

"¡Oh, mala noche! ¿No es cierto?"— exclama al fin en castellano cuando se siente seguro en nuestro Bote.

"Sí —le respondo—. Y todos estos riesgos y dificultades, por culpa suya. ¿No lo comprende?

"Oh, sí... lo comprendo... pero ¿mañana podrán traerle comida a los perros?.

"Me daban ganas de arrojarlo al agua —terminaba Christiansen.— Pero, en fin, eran gajes del oficio".



Hasta que una mañana cualquiera, Melquíades, el insustituible Melquíades, fue a dejarle provisiones a bordo y lo encontró muerto en su camarote.

Fue una gran sorpresa para el proveedor, que corrió la cortina, dejó entrar la luz del día y se quedó ahí un rato, mirándole, conmovido.

No quiso tocar ni remover nada.

Todo hallábase en perfecto orden dentro de la pequeña cámara.

Los ruidos y olores del buque eran los mismos de siempre. Ruidos amortiguados, como lejanos, de maderas que crujían. Desde que corrió la cortina de la claraboya, una pequeña mancha de sol, brillante, risueña, se movía en el suelo, siguiendo el casi imperceptible balanceo de la nave. El viejo conservaba una expresión tranquila y parecía contento de haber expirado en "su" buque.

(*) Nombre que se da a los cuidadores de a bordo en los buques mercantes fondeados en puerto, por deformación del inglés "watchman".

(**) Buque inglés que naufragó espectacularmente en Valparaíso en 1902.

Por la misma claraboya, Melquíades llamó a su ayudante que le aguardaba en su bote, y le ordenó que fuera a dar aviso a la policía marítima. Mientras el otro remaba apresuradamente hacia el muelle, Melquíades se hincó al borde de la litera y rezó un poco, torpemente, porque hacía mucho tiempo que no lo hacía y había olvidado las oraciones.

"Muerte natural", diagnosticó el médico que llegó poco después.

Los perros estaban tristes y no hicieron ninguna zalagarda cuando los policías marítimos y civiles subieron a bordo. Vagaban por las cubiertas soleadas o se recostaban cerca del portalón como cuando el viejo iba a tierra y lo aguardaban por si quería llevarlos.

No costó nada trasbordarlos a otro pontón cuyo cuidador ofreció hacerse cargo de ellos. En aquel medio, hombres y animales pertenecían enteramente a ese mundo de los buques inmóviles, mundo que no desemboca sino en el desguace o el naufragio en la misma bahía.

* * *

Unos meses más tarde, alguien se interesó por fin en el desguace de la "Queen Scott". La operación se efectuó rápidamente y en poco tiempo el casco, ya sin sus mástiles ni nada de la obra muerta, sobresalía apenas un par de metros del agua.

Fue entonces cuando la ofrecieron a la Escuadra para servir de blanco.

Un remolcador la condujo varias millas afuera.

Muchos creían que se hundiría en el trayecto, porque el viento sur de la mañana levantaba cierto oleaje.

Ya en el punto, un destructor comenzó a dispararle.

Sea por el movimiento, por lo precario del blanco o que los artilleros no estaban en su día, lo cierto es que lo que restaba de la fragata resistió bien unos cuatro impactos sin hundirse.

Entonces, el oficial que mandaba la operación ordenó acortar distancia y ¡fuego! con varios cañones.

Naturalmente la "Queen Scott" no resistió la andanada. Grandes trozos de su estructura se esparcieron por los aires y pronto no se vio nada más de ella.

—"¡Tercera como el viejo que la cuidaba!"— dijo alguien en el puente del destructor.

—"Y dura para morir— reflexionó otro, bajando sus anteojos—. Quizá, en su tiempo, fue un buen buque de guerra..."

— — —